



**TODO
TIENE
SU
PRECIO**

Traducción de David León

**ROBERT
DUGONI**

Cuando la inspectora Tracy Crosswhite comienza a asesorar a quienes investigan la desaparición de una joven, le asalta la incómoda sensación de que no se trata de un caso al uso. Sus sospechas se confirman al aparecer el cadáver en un pozo abandonado. La víctima, enfrentada a su familia, se había opuesto a un matrimonio de conveniencia y había hecho planes para emprender estudios de posgrado... Alguien puso fin a sus sueños.

Pero resolver el misterio que se esconde tras este asesinato no será el único reto de nuestra protagonista. La inspectora también esconde un enigma y su compañero Vic Fazio se encuentra en graves apuros. Las carreras profesionales de ambos se verán cuestionadas y la revelación de ciertos secretos conduce a pensar que no solo están en peligro sus puestos de trabajo.

*A todas las mujeres que han sufrido cáncer de
mama y han librado cabalmente esa batalla.
Algún día, con suerte, la ciencia logrará darnos
al fin una cura.*

CAPÍTULO 1

Martes, 10 de julio de 2018

Hacía más de un año que habían visitado por última vez South Park, durante la investigación de un caso de homicidio, cuando los inspectores Del Castigliano y Vic Fazio regresaron al barrio por un motivo idéntico: alguien había muerto asesinado.

En su último caso, habían matado a tiros en sus propiedades a dos abogados que intentaban especular con bienes inmobiliarios tras someterlos a reforma. Un mensaje muy sutil.

South Park no parecía tener ningún interés en cambiar.

–Un mundo aparte –sentenció Del citando el mantra que tanto repetían en el cuerpo de policía de Seattle cuando cruzaban por el South Park Bridge las aguas verdes del Duwamish. Acababan de dar las cuatro de la tarde y el sol de julio arrancaba diamantes de luz resplandeciente a la superficie del río y, ayudado por la ausencia total de nubes en el cielo, elevaba la temperatura a poco menos de treinta grados.

El viaducto los dejó en Cloverdale Street.

–Creía que iban a reurbanizar South Park cuando volvieron a abrir el puente –dijo Faz.

La zona tenía lo que los del mundillo de la inmobiliaria consideraban los tres criterios más importantes para llevar a cabo tal empresa: una ubicación excelente, una ubicación excelente y una ubicación excelente. Se encontraba a

veinte minutos del centro de Seattle, que quedaba al norte; a un tiro de piedra del aeropuerto internacional conocido como Boeing Field, al este, y cerca también del Seattle-Tacoma. El puente se había clausurado en 2010 y no había vuelto a abrirse hasta más de cuatro años después. Nadie parecía tener mucha prisa al respecto. Si la toxicidad del suelo y la contaminación de sus aguas no disuadían a los promotores inmobiliarios, los índices de delincuencia eran harina de otro costal. La población de South Park incluía una proporción elevada de «sureños», integrantes de bandas procedentes del Sur de California que actuaban a las órdenes de los carteles mexicanos de la droga.

—Pensaba que los promotores empezaban a acaparar propiedades y a subir los alquileres, sobre todo con el auge de la economía del ladrillo; pero ahora veo que es más probable que yo pierda peso. —Faz, cuyo metro noventa y tres de altura hacía que en la báscula superase los ciento veintidós kilos, miró a Del—. Tú también has engordado un par de kilitos, ¿eh?

Del, que medía dos dedos más que él, había perdido casi veintitrés kilos desde que había empezado a salir con Celia McDaniel, integrante de la fiscalía del condado de King.

—He empezado a comer hidratos de carbono otra vez. Celia dice que le gusto más así.

—A mí también me gustas más así. Estábamos empezando a parecer el Gordo y el Flaco. ¿Sabes si Billy ha pedido refuerzos?

Billy Williams era el sargento del equipo A de la comisaría, y Del y Faz, la pareja de homicidios que estaba de turno esa semana. Normalmente eran Tracy Crosswhite y Kinsington Rowe, los otros dos inspectores del equipo, quienes se encargaban de brindarles apoyo; pero Crosswhite llevaba más de un mes declarando en un proceso por homicidio en el tribunal superior del condado de King.

–Ha dicho que mandaría a alguien. –Del giró a la derecha y redujo la marcha al acercarse a una sucesión de coches de policía estacionados.

En la acera meridional de la calle se había congregado una multitud de hombres y mujeres de todas las edades vestidos con camisetas sin mangas, pantalones cortos y chanclas que se abanicaban y usaban la mano a modo de visera para protegerse del sol de la tarde.

–Ya ha llegado el circo a la ciudad –aseveró el conductor mientras rebasaban el furgón de la policía científica y un camión de bomberos en busca de un lugar en que dejar el coche.

–Las cuatro de la tarde de un día entre semana. Esto es mejor que sentarse a ver una película –convino su compañero–. Aparca delante de la ambulancia.

Del ocupó una plaza en oblicuo situada frente a un bloque de apartamentos de dos plantas de ladrillo rojo. Faz dejó el asiento del copiloto del vehículo con aire acondicionado y se colocó una americana ligera sobre la camisa de manga larga que lucía con corbata.

–Ya estoy empezando a sudar.

–Yo llevo sudando desde que nací –aseveró Del, que también llevaba traje, aunque se había permitido prescindir de la corbata por el calor.

Faz alzó la vista al oír la trepidación de un helicóptero de la prensa sobre sus cabezas. Lo primero que tenían que hacer, si no lo había hecho ya Billy, era echar de la zona aquel dichoso aparato. Se identificaron ante el agente que llevaba el registro de cuantos accedían al lugar de los hechos, quien tomó nota de sus nombres, su número de placa y la hora de llegada, y pasaron por debajo de la cinta negra y amarilla con la que habían acordonado la zona. La mayor parte de los policías se había congregado en torno a un parquecito de juegos situado en los jardines centrales del edificio, cuya planta tenía forma de herradura. El cadáver yacía bajo una sábana azul al lado de unas

barras de mono de color verde. Billy estaba hablando con varios agentes de uniforme e interrumpió su conversación al verlos llegar.

–¿Ha llamado para que se vaya el helicóptero? –preguntó Faz.

–Sí –contestó Billy, aunque no parecía muy convencido de que fuese a lograr gran cosa. Lo más que podía pasar es que lo multaran por sobrevolar una zona en la que la policía había restringido el tráfico aéreo. Si la noticia valía la pena, las cadenas de televisión preferían quedarse y pagar la multa.

–¿Se puede argumentar que el apartamento está en el condado de King? –quiso saber Del.

–Ojalá –fue la respuesta del sargento.

Algunas de las calles de South Park estaban sujetas a la jurisdicción del *sheriff* del condado y los agentes de los dos cuerpos solían bromear con la idea de cambiar los muertos de acera para endilgárselos al otro. Aunque lo había dicho de broma, Del se abstuvo de sonreír, ya que el Gobierno estaba experimentando con cámaras de vídeo prendidas a los uniformes de los agentes y el humor había dejado de tener cabida en la escena de un crimen. Antes de que acabase el año estarían todos con antidepresivos.

Billy se ajustó la gorra chata con que protegía del sol su cráneo rasurado.

–Esto se puede poner muy feo en muy poco tiempo. La víctima es Monique Rodgers. –Se detuvo como si el nombre tuviera que decirles algo–. Habréis leído sobre ella en las noticias o la habréis visto en la tele haciendo campaña contra las bandas y el tráfico de drogas de South Park.

–¿La activista? –preguntó Faz. Recordó haber visto en los noticiarios algo sobre una mujer afroamericana que había denunciado ante el ayuntamiento los problemas

que dichas realidades suponían para la comunidad de South Park.

–La aspirante a activista –corrigió Billy–. No la han dejado llegar a tanto.

–Ese puede ser el motivo por el que la han matado a tiros a plena luz del día. Alguien habrá querido lanzar una advertencia.

–Puede ser –dijo Billy.

–¿Es mucho suponer que ha tenido que haber testigos? –preguntó Del.

–Es de esperar, ¿verdad? –repuso el sargento–. Por lo que me han dicho, había por aquí media docena de madres con sus chiquillos; pero, hasta ahora, todo el mundo se ha acogido a la máxima de «Mí no ver nada, mí no oír nada, mí no hablar tu idioma».

–Tienen miedo –terció Faz.

–¿Hay más víctimas? –quiso saber Del.

Billy negó con la cabeza.

–Que sepamos, no.

–Entonces, podemos dar por hecho que iban a por ella. –Faz lo dijo mientras estudiaba dos muretes de ladrillo paralelos a la acera, que habrían podido servir de parapeto a dos bandas rivales durante un tiroteo.

South Park albergaba también a los Crips y a un par de bandas asiáticas, aunque ninguna de ellas era tan numerosa, ni por asomo, como la de los Sureños. Si dos de ellas se habían enfrentado a balazos, era posible que Rodgers no fuese más que una víctima inocente atrapada entre dos fuegos.

–Partimos de ese supuesto –dijo Billy–, ya que no ha muerto nadie más y dicen los testigos que solo oyeron disparar a una persona. –Miró al helicóptero, que seguía dando vueltas sobre ellos–. Seguro que la televisión no se cansa de repetir que ha sido a plena luz del día y con la calle llena de críos.

–¿Dónde está su familia? –preguntó Faz.

–La abuela se ha llevado a los niños y los ha metido en casa –repuso el sargento señalando una esquina del edificio en forma de herradura–. Por lo visto, el marido ha vuelto del trabajo y también está con ellos.

–Y la gente, ¿ha dicho algo?

Billy meneó la cabeza en señal de negación.

–Ni siquiera hemos podido confirmar el número de disparos ni la procedencia. Tenemos a una mujer que, según le ha dicho al agente que acudió a la llamada de emergencia, creyó oír tres tiros que venían de allí. –Williams volvió a señalar la esquina del bloque.

–¿Han encontrado casquillos? –preguntó Del.

–Ni uno.

–Es decir, que, o la testigo oyó mal –concluyó Faz– o el tirador usó un revólver.

–He puesto a unos cuantos agentes a buscarlos, y Anderson-Cooper –añadió apuntando una vez más al edificio– está preguntando puerta por puerta.

Desmond Anderson y Lee Cooper eran dos inspectores del equipo B y, desde que Anderson Cooper estaba de presentador habitual de las noticias vespertinas de la CNN, sus compañeros de Crímenes Violentos se referían en singular a la pareja.

–Vamos a necesitar a la Unidad de Audiovisuales –dijo Faz–. Puede que las cámaras de los comercios de por aquí hayan captado al culpable huyendo o entrando en un vehículo. –En la calle convivían bloques de pisos con casitas y tiendas de barrio.

–Ya vienen de camino –repuso Billy.

–¿Y sus hijos? ¿Vieron algo? –preguntó Faz.

–Todo.

El inspector se volvió al oír trompetas y guitarras mexicanas procedentes de la calle y vio un Chevrolet Chevelle rojo cereza de dos puertas con rayas negras y tapacubos dorados que pasaba frente al bloque poniendo a prueba su amortiguación.

–Con todos ustedes, los payasos –dijo Del.

El ocupante del asiento del copiloto tenía la cabeza rapada y un bigotito que se prolongaba hasta formar perilla. Las gafas de sol oscuras que le ceñían la cara le daban cierto aire de mosca. Tenía el brazo derecho, plagado de tatuajes, por fuera de la ventanilla. El coche redujo la velocidad y el hombre se quitó las gafas para mirar de hito en hito a Faz.

–Little Jimmy –anunció el inspector–. Pero ¡si te has hecho mayor!

Hacía diez años que Faz había metido entre rejas al padre de Little Jimmy. Había durado seis meses en prisión, porque uno de una banda rival lo había matado con un pincho.

El recién llegado sonrió antes de representar una pistola extendiendo el índice y el pulgar, apuntar a Faz e imitar el retroceso del cañón al dispararla.

CAPÍTULO 2

Tracy Crosswhite hizo una mueca cuando Leonard Litwin, abogado de la defensa, inclinó la jarra de plástico que descansaba en su mesa y provocó con ello una cascada en miniatura que fue a caer al vaso de papel. El ruido del agua al dar en él fue el único sonido que se percibió en la sala. Aunque, en apariencia, Litwin necesitaba calmar la sed, Tracy, que ocupaba el asiento reservado a los testigos, sospechaba que era otro el motivo que lo había llevado a alejarse del atril. Estaba tratando de ganar tiempo como un púgil maltrecho y vapuleado que, en su lucha por el título, no ve la hora de oír el sonido de la campana que pondrá fin al combate.

Si, de ordinario, a la inspectora le habría dado exactamente igual lo que hiciese Litwin o el tiempo que invirtiera en hacerlo, en aquella ocasión llevaba más de media hora—más exactamente, los últimos treinta y siete de los cincuenta y tres minutos transcurridos desde que el tribunal había puesto fin al anterior descanso y ella había regresado al estrado— aguantando las ganas de orinar. Y eran muchas las que tenía. Parecía poco probable que Litwin ni nadie más de la sala fuese capaz de detectar el problema perentorio de Tracy ni el embarazo de dieciséis semanas que lo provocaba, pero tal cosa no cambiaba sus circunstancias. La jueza Miriam Gowin, desde luego, no iba a meter prisa al letrado que estaba defendiendo a un reo que podía verse condenado a la pena de muerte ni Tracy tenía intención alguna de echar un cable a Litwin pidiendo otro

receso. Aun así, cada minuto que pasaba le despertaba el recuerdo de Beth Duchance, la pobre chiquilla que se lo había hecho encima estando en segundo curso. Se había olvidado los deberes y, ante la presión de la profesora, respondió como un caniche diminuto frente al macho alfa. Duchance pasó los siguientes ocho años interminables sometida a la humillación que solo son capaces de imponer los chicos inmaduros y las chicas odiosas del instituto, quienes la llamaban Beth Calzón Mojado. Lo último que quería Tracy era hacerse con un lugar igual de indeleble en la memoria del personal del tribunal de justicia.

Litwin se llevó el vaso a los labios e, inclinándolo, bebió dando sorbos penosamente lentos. En lugar de dejarlo sobre la mesa de la defensa, regresó al atril con él y estudió de forma metódica las páginas de notas y declaraciones que tenía archivadas en su carpeta.

—Inspectora Crosswhite, ha dicho usted... —El abogado dio la impresión de ir a ponerse a leer, pero, en lugar de eso, volvió una página y luego otra.

Con el rabillo del ojo, Tracy vio a varios integrantes del jurado mirar el reloj de pared de gran tamaño que había en una de las paredes de la sala. El segundero vibró y avanzó hasta pasar las doce. Litwin prosiguió al fin:

—Ha dicho que... que no encontraron huellas dactilares en el cuchillo. ¿Es correcto?

Tracy aguardó un instante para dar tiempo a Adam Hoetig, representante de la fiscalía, a protestar, porque ya había respondido dos veces a aquella misma pregunta. Hoetig, sin embargo, permaneció con la cabeza gacha, como si hubiese desarrollado un súbito interés en sus mocasines.

—Es correcto.

—De modo que no tienen nada que pruebe que el cuchillo perteneciese al acusado. ¿Me equivoco?

Aunque su vejiga le estaba implorando que dejara pasar la pregunta, no pudo obviar la ocasión de lanzar otro

dardo a Litwin y su defendido.

–¿Aparte del hecho de que el acusado me reconoció que pertenecía al juego de cuchillos que tenía en el cajón de la cocina? No.

Su contestación suscitó miradas de soslayo en varios de los miembros del jurado.

Litwin irguió la espalda.

–Déjeme formularlo de otro modo. No tienen ninguna prueba, inspectora Crosswhite, de que se usara el cuchillo... ninguna prueba forense de que se usara el cuchillo para apuñalar a la esposa del acusado.

«¿De verdad es lo más difícil que me lo puedes poner?».

–¿Además de que el mango del cuchillo sobresalía del pecho de la señora Stephenson, que tenía siete heridas de apuñalamiento? No.

El número de miradas se multiplicó y varios de los miembros del jurado dejaron asomar una sonrisa. A Litwin, irritado, se le encendieron las mejillas.

–Inspectora, no tienen pruebas forenses que vinculen el asesinato...

Tracy decidió atajarlo para acelerar el proceso.

–No había huellas dactilares del acusado en el cuchillo que tenía su mujer clavado en el pecho. Eso es cierto.

Como cabía esperar, Litwin se volvió hacia el estrado.

–Señoría, la defensa solicita que exhorte a la inspectora Crosswhite a dejarme completar las preguntas antes de responder.

Gowin miró el reloj antes de dirigir la vista a Tracy.

–Inspectora, deje que la defensa acabe de hacer sus preguntas. –Tras un instante interminable, en el que Tracy pensó que Gowin iba a dejar proseguir al abogado, añadió–: Letrado, son las cuatro y cincuenta y cuatro. ¿Cree que será capaz de concluir la repregunta de la inspectora Crosswhite en los seis minutos que faltan para las cinco?

«Ni por asomo».

–Calculo que tengo para otra hora –respondió él.

No le iban a conceder tanto: Litwin y Tracy estaban a punto de recibir el respiro que tanto necesitaban ambos.

–En ese caso, lo dejaremos por hoy –dijo Gowin–. Mañana seguiremos por donde nos hemos quedado, con la inspectora Crosswhite en el asiento de los testigos.

En cuanto el último de los del jurado recogió sus pertenencias y se retiró a deliberar a su sala, Tracy bajó del estrado para dirigirse a la salida. De reojo vio a Hoetig acercarse con cierta premura, probablemente con la intención de fijar una hora en la que reunirse con ella y hablar de los temas que podía querer abordar Litwin a la mañana siguiente.

–Te llamo luego –le dijo. Con eso detuvo su avance antes de que pudiera abrir la boca y salió corriendo por la puerta.

CAPÍTULO 3

Faz observó el Chevelle rojo hasta que desapareció, unos segundos antes que su música.

–Little Jimmy ya no es tan pequeño como indica su apodo –comentó Del secándose el sudor de la frente con un pañuelo.

–Sí, ahora es un capullo crecidito. Impresiona ver que la inmundicia no cae nunca lejos del cubo de basura.

–Parece que no te ha olvidado.

Little Jimmy tenía catorce años cuando Faz había llevado a la trena a Big Jimmy.

–Cuando nos conocimos ya era un gamberro.

Big Jimmy se dedicaba al tráfico de drogas en South Park cuando apareció por el barrio una banda de Los Ángeles y se declaró la guerra. En dos semanas murieron trece pandilleros. La investigación de Faz llevó a detener a ocho sureños, incluido Big Jimmy, aunque este nunca había llegado a disparar un arma. El jurado dictaminó que había sido él quien había ordenado atacar a los de la banda rival y Rick Cerrabone, fiscal del condado de King, lo acusó en virtud de la Ley de Chantaje Civil, Influencia y Organizaciones Corruptas. El jurado condenó a Big Jimmy a veinticinco años de cárcel.

–No me gusta que me apunten con una pistola, por muy de mentira que sea –sentenció Faz–. A lo mejor deberíamos ir a hacerle una visita y enterarnos de si el numerito que acaba de hacer es un mensaje para los que hayan podido verlo.